

La guerra de las palabras

Glosario (imprescindible)
de política contemporánea

Harold James

Traducción de Borja Villa Pacheco



bauplan

Índice

Prólogo de Pablo Simón	9
Prefacio	13
Introducción	
Cómo las palabras entran en discordia	15
1. Capitalismo	31
2. Socialismo	61
3. Democracia, Estado nación y nacionalismo	81
4. Hegemonía	103
5. Multilateralismo	125
6. Los inquietantes términos de la <i>Politik</i> alemana	147
7. Deuda	171
8. Tecnocracia	195
9. Populismo	219
10. Globalismo	233

11. La globalización y sus neologismos	245
12. Neoliberalismo	283
13. Crisis	311
14. Acuñar nuevos términos para nuestro diccionario	323
Notas	351

PRÓLOGO

El valor de las palabras

Pablo Simón

En el principio era el Verbo, decía el Evangelio de San Juan, recordando así que la palabra es Dios mismo. Toda una declaración de principios que pone a la palabra como el fundamento de la creación. Esta declaración no está vacía de sentido: nuestro carácter de seres sociales y gregarios hace que el lenguaje sea la argamasa misma de las sociedades, de nuestra vida en común. Sin embargo, el lenguaje y los conceptos no son algo estanco. Esto se manifiesta de manera muy particular en aquellos momentos en los que se producen rupturas revolucionarias o cambios bruscos, cuando su significado mismo se transforma. Por lo tanto, podría decirse que en realidad el lenguaje no genera *per se* una realidad, pero sí que está en una constante dialéctica con ella. Necesitamos palabras para nombrar nuevas realidades, del mismo modo que si algo no puede ser nombrado es que aún está por definir. Es más, a veces el propio término surge para certificar que la realidad ya ha cambiado.

Este devenir de la comunicación no es algo ahistórico. Primero, porque los conceptos son polisémicos. Desde el momento mismo en el que emergen pueden tener múltiples significados e incluso sus propios promotores (ya sean intelectuales, políticos o profetas), con frecuencia se manejan en la ambigüedad calculada al plantearlos para solaz de sus intérpretes y portavoces. Segundo, porque también según el país y el idioma en el que se enuncie, el concepto se trans-

forma. La propia traducción de un concepto del inglés, castellano o alemán dirige la visión en una dirección determinada, así como su significado se modifica expresando realidades nacionales diferentes. Y, finalmente, porque el paso del tiempo y el cambio social impactan sobre unas palabras e ideas que tuvieron su origen en un momento determinado, aunque hoy puedan ilustrar realidades muy diferentes.

Además, nada de esto es independiente del canal en el que nos comunicamos. Los cambios en la tecnología, en este sentido, juegan un papel decisivo. Cada gran transformación social ha venido acompañada, desde la invención de la escritura, de cambios en la manera de comunicarse: la imprenta, la prensa, la radio, la televisión o internet. Todos esos cambios se han producido, a su vez, en paralelo con rupturas históricas, guerras religiosas, el advenimiento del liberalismo y sus enemigos o al auge de los populismos y la *post-verdad*. Por tanto, sobre el lenguaje y las palabras impacta la realidad a la que queremos referirnos, pero también el mecanismo por el cual lo hacemos.

Estas premisas son el punto de partida de este libro de Harold James, profesor de Historia y Asuntos Internacionales de la Universidad de Princeton. Este texto es un glosario, pero no al uso. El autor no selecciona conceptos cualesquiera, sino muchos de los que han vertebrado las discusiones políticas y sociales durante los últimos dos siglos. «Capitalismo», «socialismo», «hegemonía» o «populismo» son algunos de los términos en los que profundiza el autor desde sus mismos orígenes hasta sus significados actuales.

Esto convierte al libro en un viaje de carácter histórico en su esencia, un viaje que llega hasta la pandemia y la Guerra de Ucrania, esto es, hasta hoy mismo. Sin embargo, su principal valor está en que no se trata de una discusión exclusivamente en el plano de las ideas, sino que está anclado en las relaciones de poder social, económico y político que impregnan los conceptos. Es decir, que captura de manera ejemplar ese diálogo realidad-concepto que explica los cambios en el lenguaje. Para ello James recorre el cambio en los significados desde los intelectuales y los ideólogos que los promovieron, por supuesto, pero también desde el poder que los moldea. Se traza el proceso, a veces caótico, que hace emerger determinados significantes, convirtiéndolos en ese cemento (o disolvente) de la legitimidad que todo sistema económico, social o político necesita.

La elección de conceptos que hace Harold James en este libro no es inocente, sino que siempre escoge dos que se contraponen: ca-

INTRODUCCIÓN

Cómo las palabras entran en discordia

Vivimos actualmente una reorientación radical de la economía, la sociedad y la política causada por el choque dramático de dos principios o filosofías. Tenemos a un lado el *globalismo*, el *cosmopolitismo*, el *internacionalismo*, el *multilateralismo*: hay muchos modos alternativos de describir el compromiso con la apertura. Del otro lado están el *particularismo*, el *localismo* y el *nacionalismo*. Por si fuera poco, un virus contagioso se ha convertido en el protagonista de la globalización. La pandemia del coronavirus aceleró muchos de los cambios que llevaban tiempo desarrollándose: impulsó el uso de la tecnología a gran escala, llevándola a nuevas y más personales áreas de la vida cotidiana, a la vez que avivaba el rechazo (provisional) contra el globalismo. Nos trajo presiones sociales y económicas, además de nuevas e inesperadas cargas psíquicas.

Las crisis son momentos propicios para repensar y reorientarnos, para volver a lo esencial. ¿Tiene la historia algo que enseñarnos acerca de lo que vendrá a continuación y de cómo pensarlo? Este libro parte de la idea de que los momentos de profundas transformaciones sociales hacen surgir nuevas preguntas e inspiran nuevos vocabularios. Un vocabulario es un modo de resumir ideas, las ideas que empaquetan nuestra concepción colectiva de la realidad. Traducen las experiencias, comunicando la perspectiva individual con una comprensión más general, incluso universal. Uno de los puntos centrales de la filosofía de Ludwig Wittgenstein consiste, como es

sabido, en la afirmación de que «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo».¹ Los humanos siempre hemos estado divididos por las lenguas: uno de nuestros mitos más poderosos es el de la Torre de Babel, o cómo Dios destruyó un edificio que había creado un lenguaje o forma de entendimiento universal capaz de otorgar a los humanos un poder que desafiaba al suyo («Démonos un nombre, por si nos desperdigamos por toda la faz de la tierra»)² Desde entonces ha habido intentos de crear un lenguaje universal —el esperanto y el volapük— que en gran medida han quedado en el olvido. En lugar de ello, hemos asimilado la idea de que la traducción entre lenguas es posible, pese a la pérdida de todo género de matices que implica. Entender cómo expresa la gente sus pensamientos acerca de los Estados y formas de gobierno, o cómo se conforma una sociedad internacional, con sus interacciones y conflictos de ideas, requiere que las lenguas particulares sean constantemente traducidas, lo que, por lo general, ocurre de un modo pobre e inadecuado. Casi todo se pierde en la traducción, sin que apenas nos percatemos de ello.

Solemos pensar en la traducción como un fácil intercambio, como cuando se usa el dinero para comerciar estableciendo equivalencias entre bienes, servicios y hasta promesas. Pero las palabras, constantemente empleadas como munición en las guerras culturales, políticas y económicas de nuestro tiempo, no producen intercambio, sino confusión. Consideremos algunos ejemplos: *capitalismo*, *socialismo*, *democracia*, *imperialismo* y *hegemonía*, *multilateralismo*, *geopolítica*, *populismo*, *tecnocracia*, *política de deuda*, *globalismo*, *globalización*, *neoliberalismo*, etc. Todos los términos que se examinan en este libro tienen una larga historia a lo largo de la cual han sido zarandeados de un lado a otro por sus defensores o detractores. Tras su éxito original como formas de captar la coyuntura del momento, sus significados comenzaron un proceso similar al de las bolas de nieve que caen por una colina, adquiriendo más y más connotaciones hasta que se congelan en un significado o empiezan a descomponerse. Han dejado de ser herramientas analíticas precisas. Esta especie de oscurecimiento de los términos ya aparecía en un notable ensayo —que aún hoy puede leerse con provecho— del gran escritor ruso Alexander Solzhenitsyn. Él percibía la mentira no como una simple falsedad, sino como la consecuencia de la distorsión y la tergiversación que producen las etiquetas: «Si no uniésemos los huesos muertos y los

peldaños de la ideología, si no cosiéramos los jirones podridos, nos asombraríamos de lo rápido que la mentira queda desamparada y desaparece. Lo que está desnudo aparecería entonces desnudo ante el mundo entero».³

Hace más de un siglo, el filósofo William James suscitó la indignación general al sugerir que las ideas debían ponerse a prueba basándose en lo que denominó «el valor en efectivo de la verdad en términos de experiencia».⁴ Las ideas no tienen ninguna cualidad innata para los individuos, sino que generan su propia valía al ser aceptadas en un entorno más amplio o, dicho de otro modo, mediante su circulación general en el mercado. James fue criticado por el filósofo (y futuro rector) de Princeton, John Grier Hibben, que dijo —inmediatamente después de la crisis financiera de 1907— que «sin duda provocaría el pánico en el mundo del pensamiento tanto como lo haría una demanda similar en el mundo de las finanzas».⁵ El debate sigue hoy vivo y son muchos a los que les entra el pánico.

Como sucede con las divisas, las palabras surgieron de los grandes centros de influencia. La historia monetaria del siglo XIX estuvo dominada por Gran Bretaña, y la de la segunda mitad del siglo XX, por Estados Unidos. Las ideas también provienen de centros de producción y distribución: lugares donde brotan, chocan y son refinadas y distorsionadas. Durante la primera mitad del siglo XIX, tras su Revolución, Francia, y más específicamente París, dio origen a términos maleables como *nación*, *socialismo* o *democracia*. A finales del siglo XIX, cuando Alemania adquirió una nueva importancia política, se convirtió también en un centro de producción intelectual. Fascinados en el pasado por su adopción osmótica del vocabulario político francés, los pensadores alemanes desarrollaron una nueva terminología que incluía palabras como *Machtpolitik* y *Geopolitik*.

A mediados del siglo XX, gran parte del vocabulario alemán cruzó el Atlántico y fue depositado en un nuevo crisol. Los que traían esos términos consigo eran, a menudo, víctimas de la persecución nazi: un sistema que en parte era producto de esas mismas palabras, que también ellos habían interiorizado. En Estados Unidos, esos términos pasaron a formar parte del nuevo lenguaje que la naciente superpotencia necesitaba para pensar su concepto de orden mundial.

Heredamos del pasado (y de los productores de ideas del pasado) el lenguaje que usamos para poner a prueba e interpretar

nuestra visión del mundo. Dos eras muy concretas han moldeado gran parte del entramado conceptual de la política, incluyendo las respuestas a las sucesivas conmociones que ha provocado el proceso de globalización. La primera de estas eras de innovación verbal ocurrió aproximadamente hace doscientos años, al final de las grandes perturbaciones provocadas en Francia por las guerras revolucionarias y napoleónicas. Tras el doble trastorno ocasionado por la Revolución francesa y la Revolución Industrial, se desarrolló un nuevo lenguaje político centrado en la nación y la democracia y, posteriormente, en el capitalismo y el socialismo. El gran historiador de las ideas alemán Reinhart Koselleck llamó a este periodo *Sattelzeit*, o «época de cresta» (así llamada por las crestas de las montañas, desde las que los viajeros pueden contemplar dos paisajes muy dispares en dos valles distintos). El término hace referencia al movimiento, tanto a través del tiempo como del espacio. Fue a comienzos del siglo XIX cuando nacieron los conceptos fundamentales de la política contemporánea: aparte de *nación* y *nacionalismo*, surgieron *conservadurismo*, *liberalismo*, *socialismo*, *capitalismo* y *democracia*. Este último término, *democracia*, es, por supuesto, mucho más antiguo, aunque redescubierto de un modo novedoso: con una distinta organización basada en elecciones a gran escala en vez de sorteo de los cargos y con un debate muy diferente al de la antigua Atenas o al que se daba en las ciudades-Estado italianas de finales de la Edad Media. Los *-ismos* son los términos con los que, aún hoy, desarrollamos nuestros debates. Por la forma en que surgieron, todos estos conceptos están curiosamente interrelacionados y dependen unos de otros, vinculándose de modo complejo, ya que comparten el mismo oxígeno intelectual.

Como ejemplo de esta simbiosis entre términos tomemos *socialismo* y *capitalismo*, antónimos conceptuales, yin y yang. El socialismo se desarrolló a partir de la crítica a un nuevo concepto, el de capitalismo, que se inventó para describir las características desasosegantes de un mundo cambiante. Artesanos de viejo cuño, nuevos trabajadores industriales e incluso una aristocracia cuya riqueza parecía disiparse, así como intelectuales cuyo capital social se veía erosionado, todos ellos se sintieron vulnerables al enfrentarse al nuevo gigante. No es que necesariamente existiera un deseo de socialismo, sino que la oposición al capitalismo hacía populares las llamadas a un impulso colectivista. Los dos antónimos permanecieron interre-